

esta fecha, hasta la expulsión de Guatemala en 1871: 4.^a su permanencia en Nicaragua hasta 1881. El poco tiempo que aún permaneció la Compañía en Costa-Rica podría servir de enlace para unir esta historia con la que esperamos que mejor pluma escribirá de la nueva era, más larga y más feliz de la Compañía en Colombia.

Por lo demás no nos lisonjamos de ofrecer al lector una narración amena y de interés casi novelesco, cual solían nuestros antiguos historiadores: no, la América está ya casi tan conocida como la Europa; ya su grandiosidad natural no excita la admiración, y toda su riqueza de frutos, animales y minerales antes raros y desconocidos se encuentran hoy á la vista en los museos de Historia Natural y hasta en los mercados de Europa. No podemos, por tanto ni aun pretender halagar la curiosidad, ni podrán nuestros lectores hallar en este libro sino edificación y enseñanza: edificación, viendo en ejercicio las virtudes que necesariamente lleva consigo una vida de trabajo que tiene por recompensa humana la calumnia, la persecución, el sufrimiento. Enseñanza y de no pequeña utilidad se adquiere conociendo por los hechos históricos el carácter de los enemigos con quienes hay que luchar, sus tendencias, sus aspiraciones, sus estratagemas, las armas de que se sirven para combatir á los que trabajan por infiltrar en los pueblos la moralidad, la virtud, la verdadera ciencia. Tal es el objeto que nos proponemos al comenzar á dar á luz estos escritos, que esperamos, Dios mediante, continuar y llevar á feliz término.



INTRODUCCIÓN.



NACÍA S. Ignacio en el Castillo de Loyola el año de 1491, cuando Colón, al amparo de la gloriosa Reina Isabel la Católica, se ocupaba en aprestar su flotilla para ir en busca de un nuevo derrotero hacia el gran Catay; mas la divina Providencia, que gobernaba aquella singular expedición marítima, presentó á su paso el gran Continente Americano, sin que el famoso Genovés hubiera ni aún imaginado tal hallazgo. Mientras los viajes se repetían y los conquistadores españoles iban ensanchando prodigiosamente los dominios de Castilla, Ignacio, el hombre de la mayor gloria de Dios, reclutaba en Europa los soldados de Cristo, que habían de ir á cambiar la faz de aquellas conquistas, y acudiendo en auxilio de las antiguas órdenes religiosas, difundieran la luz de la civilización evangélica entre aquellas innumerables bárbaras naciones.

En efecto, hacia fines del siglo XVI no había ya posesión Española ó Portuguesa en el Nuevo Mundo donde los hijos de Loyola no se hallasen, llevando á cabo hechos no menos hazañosos, aunque de diverso género, que los de los más

heróicos conquistadores. Siguieron dos siglos más de apostólicos trabajos, y al fin de ellos, ¿quién podría explicar el estado de civilización cristiana, en que se hallaban pueblos sin número agregados al rebaño de Jesucristo, á costa de abnegación y sacrificio, de sudores y de sangre de tantos misioneros?

Testigos tenemos de esta verdad y muy abonados por cierto: muchos libros se han dado á luz, y siguen publicándose nuevos, en los cuales se nos relatan las historias admirables y llenas de prodigios obrados por millares de Jesuitas que consagraron sus vidas á los penosísimos afanes de evangelizar los pueblos americanos. Mas una sola plumada del mal aconsejado Carlos III, redujo á la nada los inmensos trabajos de dos siglos. Extrañada la Compañía de Jesus de todos los dominios españoles, los indígenas de América retrogradaron hasta volver gran parte de ellos á su antigua barbarie, otros no dieron ya un paso adelante en su civilización; y las naciones que aún estaban por cristianizar perseveran hasta hoy en su tristísimo estado de infidelidad.

Cuarenta años duró la vida oculta de los Jesuitas en la Rusia; era una pequeña semilla, pero de su gérmen brotó á la voz del inmortal Pío VII el árbol que hoy cada día crece y se desarrolla y produce opimos frutos á pesar de los huracanes que lo agitan. Hoy, aunque la Compañía no cuenta con el número de apóstoles que en siglos pasados, y aunque el genero de hombres que rigen los destinos de la América no les permiten ensanchar los límites de su acción benéfica, sin embargo trabajan ya en gran parte de los países que antes fueron el campo de sus luchas y de sus triunfos. Las horrendas calumnias que el filosofismo esparció contra ella en tiempo de su extinción, ninguna mella hicieron en el juicioso pueblo americano; por el contrario, los recuerdos tradicionales transmitidos de padres á hijos hacen que los Jesuitas sean recibidos como un don del cielo donde quiera que se han presentado después de su renacimiento, y que estos mismos pueblos anhelan por su restablecimiento en los lugares de donde han sido desalojados por el furor revolucionario. Esto

es muy natural, porque el pueblo dá más fe á lo que ve y siente que á cuantos sermones le predicán gentes conocidamente mal intencionadas y de quienes no reciben otro beneficio que la opresión y esclavitud que producen necesariamente las leyes fundadas en los modernos principios de libertad.

Los hechos que forman el asunto de esta historia pondrán de manifiesto la verdad de esta aserción; mas para darle mayor realce, deseamos dar antes una lijera idea de lo que fué en siglos pasados la Compañía de Jesus en Colombia y Centro-América, países á que se limita nuestra narración.

I.

Por los años de 1598 el Ilmo. Sr. D. Bartolomé Lobo Guerrero, consagrado en Méjico Arzobispo de Bogotá, al partir para su diócesis quiso á todo trance llevar consigo PP. de la Compañía que le ayudasen á desempeñar los cargos que su nuevo carácter le imponía. No pudo el P. Provincial negar tan justa petición á una persona tan benemérita, y le dió por compañeros á los PP. Alonso Medrano y Francisco Figueroa. La horrible tempestad que puso á peligro sus vidas durante la travesía, y que fué apaciguada por un patente milagro de S. Ignacio, pareció figurar la rabia del demonio contra los que habian de arrebatar de sus garras tantas almas, y puso de manifiesto la protección del cielo en favor de los futuros apóstoles del Nuevo Reino de Granada.

Llegados á la capital comenzaron los PP. á llamar la atención de sus numerosos vecinos por sus virtudes, su celo infatigable y sus letras, y muy presto tuvo que marchar el P. Medrano á Europa, comisionado por ambas autoridades eclesiástica y secular, en solicitud de la fundación de un Colegio, solicitud que fué gustosamente atendida tanto por el Rey Felipe III como por el General de la Compañía, que lo era á la sazón el R. P. Claudio Aquaviva. En Septiembre de

1604 llegó á Santa Fe de Bogotá el P. Martín de Funes con cinco compañeros más, los cuales comenzaron desde luego sus tareas apostólicas y literarias, poniendo mano al mismo tiempo en la construcción de la magnífica Iglesia y Colegio que hasta hoy se conservan y de pocos años á esta parte, merced á la rectitud del Ilmo. Sr. Arzobispo D. Ignacio Velasco, y á la religiosidad y católicos principios que sirven de norma á los actuales gobernantes, han vuelto al poder de sus antiguos dueños.

Desde aquella época la enseñanza de la juventud quedó exclusivamente encargada á la Compañía, porque el Sr. Lobo Guerrero puso también en sus manos la educación del clero; de suerte que, como decía más tarde el P. Antonio Barillas en un memorial presentado al Virey, «se han instruido en él en todas letras políticas, humanas y divinas, y en las Facultades de Filosofía y Teología y en la de Sagrados Cánones los hijos de los Gobernadores y Capitanes Generales de este dicho Reino, de los Oidores y Fiscales de la Real Audiencia, de los Ministros del Tribunal y Audiencia Real de Cuentas, de los Gobernadores y Regidores y Contadores de las ciudades de él, y los hijos de los Caballeros de las Órdenes Militares, Conquistadores y Pobladores de dicho Reino, y todos los de la más ilustre nobleza de él, de suerte que por haber sido el único Colegio de todo el Reino desde el año de 1605 hasta el año de 1653, en que se fundó el Colegio Mayor del Rosario, no se puede señalar persona alguna ilustre que en aquellos 50 años no fuese alumno de dicho Colegio.....» Y en efecto, por documentos del mismo tiempo que el citado Memorial consta que ya en aquel siglo entre las personas distinguidas que habían recibido de los Jesuitas su educación moral y literaria, se contaban seis Obispos, sesenta Prebendados, trescientos Párrocos y considerable número de Religiosos de diversas órdenes, entre los cuales había no pocos muy señalados en virtud y letras y aun coronados con la aureola del martirio entre los bárbaros que evangelizaban. Esto en el estado eclesiástico, que en el secular eran también muchísimos los que ocupaban altos puestos en el Gobierno Civil y militar, tanto

en la capital como en las principales ciudades de las Provincias.

Las Misiones comenzaron por los indigenas que ya conquistados habitaban las inmediaciones de Bogotá y pueblos circunvecinos, pero que por espacio de 80 años habían permanecido en un completo abandono, en lo relativo á la predicación del Evangelio. Agregadas á la Iglesia estas tribus, los Misioneros extendieron sus conquistas á los célebres llanos de Casanare, á las riberas del Meta, Orinoco, y sus innumerables afluentes, pobladas de infinitas hordas salvajes de diversas razas, lenguas y costumbres. Fuera de la Historia de la Provincia del Nuevo Reino de Granada, que escribió el P. Casani, tenemos el Orinoco ilustrado del P. Gumilla y la obra del P. Rivero recientemente publicada en Bogotá. Estos dos últimos autores, Misioneros por largos años en aquellas regiones, nos refieren los inauditos trabajos de aquellos Apóstoles y el estado de prosperidad á que caminaban sus reducciones al través de dificultades casi insuperables.

Cuando en 1767 la Compañía fué expulsada de Nueva Granada, abarcaba ya todo su vasto territorio, pues fuera de las Misiones de gentiles y de la Capital tenía casas ó Colegios en Panamá, en Cartagena, teatro de los asombrosos trabajos de S. Pedro Claver, en Mompox, en Honda, en Antioquia, en Pamplona, en Tunja, en Buga, en Popayan y en Pasto; en todas partes sus hijos se ocupaban incansablemente en la educación de la juventud, en las misiones y en toda clase de ministerios en favor de los prójimos sin distinción de razas.

Era, pues, imposible que en poco tiempo se borrara la memoria de unos hombres que durante dos siglos habían vivido entregados á prodigar toda clase de bienes á los habitantes de aquellas vastas regiones, y por lo mismo toda la gran mayoría de la población que no alcanzó á inficionar el filosofismo convertido después en liberalismo ó masonismo, todos los Colombianos católicos y honrados anhelaban por volver á ver establecidos en su patria á los que habían sido los maestros y directores de sus abuelos.

II.

También en Centro-América había trabajado la Compañía de Jesus, aunque no en tan grande escala como en Colombia, porque nunca llegó á ser provincia independiente, sino que siempre formó parte de la de Méjico, lo cual, como veremos, impidió su desarrollo.

El año de 1580 pasando por Guatemala de camino para Nueva España el P. Juan de la Plaza, el Presidente y Real Audiencia de aquella noble ciudad se aprovecharon de la ocasión para reiterar las súplicas que en años anteriores dirigieran al P. Provincial Pedro Sánchez en demanda de PP. de la Compañía de Jesus que fundaran un Colegio en su naciente Capital. Lo que antes no consiguieron tampoco pudo realizarse esta vez, por la misma razón, la escasez de sujetos; pero obtuvieron á lo menos promesa de que se daría cuanto antes una misión. En efecto, el año de 82 llegó allá el P. Antonio Torres con dos compañeros más: el fruto que recogieron correspondió abundantemente al celo de los tres Jesuitas, y al júbilo con que habían sido recibidos por aquellos buenos ciudadanos.

Como era natural, el deseo de tener siempre consigo tan diligentes operarios se encendió más: se dirigieron á Méjico nuevas instancias para que aquellos PP. quedasen allí de asiento, ofreciendo abundantes limosnas para sostenerlos; mas tampoco entonces fué posible conseguirlo.

Diez años más tarde con ocasión de otra misión que predicaron allí los Jesuitas, quedaron los ánimos tan ardorosamente aficionados á ellos, que el Ilmo. Sr. Obispo D. Fray García Gómez de Córdoba en unión de ambos Cabildos escribieron directamente al Rey, y la fundación se hubiera entonces verificado, á no haber arrebatado la muerte tan prematuramente al celoso Pastor, motivo que la retardó algunos años más.

Finalmente, el Dr. D. Alonso Criado de Castilla, Presidente de la Real Audiencia y D. Lucas Hurtado de Mendoza, Chantre de la Sta. Iglesia Catedral lograron colmar los deseos tantas veces frustrados de los habitantes de Guatemala. A instancias de estos Señores fueron enviados de Méjico para la anhelada fundación los PP. Jerónimo Ramírez y Juan Dávalos, que fueron recibidos en la ciudad con grandes honores. Desde luego el Sr. Obispo D. Fray Juan Ramírez les pidió que leyesen en su propio palacio Teología Moral y Gramática latina, cargo que desempeñaron á toda satisfacción, sin dejar por eso de acudir á los demás ministerios de púlpito, confesonario, etc. Pero muy presto les proporcionó Dios ocasión oportuna de dar más brillantes muestras de su caridad y celo infatigable. Esta fué una horrible peste que se declaró en la capital y poblaciones circunvecinas. Mientras el P. Dávalos acudía sin descanso á los barrios de la ciudad, el P. Ramírez, según escribía el Sr. Arcediano D. Francisco Muñoz, su compañero en estas fatigas apostólicas, «salía por los pueblos comarcanos llevándome á mi siempre por su compañero y algunos dos ó tres estudiantes, todos con alforjas llenas de pan, dulces, chocolate y otras cosillas que recogía de limosna, con que regalaba á los indios enfermos, visitándolos en sus propias chozas, confesándolos, diciéndoles evangelios y dándoles corporal y espiritual alimento, y luego en las Iglesias y cementerios rezándoles responsos á sus difuntos, como que á todo extendía su gran caridad este apostólico varón, con mucho gusto y beneplácito de los religiosos doctrineros de aquellos pueblos».

Como no pretendemos más que dar una ligera idea de lo que trabajó la Compañía en Guatemala, omitimos la relación de los heroicos hechos de sus hijos en otras épocas afflictivas de pestes y terremotos, en que brilló más la abnegación y espíritu de sacrificio que los caracteriza. (*) Mas no debemos pasar por alto el nombre á lo menos del Capitán

(*) Véase el Apéndice I.

D. Nicolás Justiniani que dotó el Colegio de San Borja y fué condecorado por el P. Vincencio Carafa, General entonces de la Compañía con el título de Fundador; ni el de la muy noble Sra. D.^a Teresa de Loyola, quien además de una suma considerable que antes había dado para contribuir á la construcción de la Iglesia y Colegio, al profesar en el Monasterio de la Concepción, le dejó por heredero de todos sus bienes.

Con estas y otras muchas limosnas que los generosos vecinos de Guatemala ofrecían al P. Ignacio de Azpeitia se edificó el grandioso templo cuya ruina en 1752 lamentaba un historiador contemporáneo por estas palabras: «La Iglesia de la Compañía de Jesus, obra admirable y que descollaba entre las más perfectas del arte, singular en sus medidas, vistosa en sus adornos, cuya fama se ha extendido hasta la Europa á causa de su cimborio hoy destrozado, quedó en tan lastimosa ruina, que no sé si fuera menos sensible que toda hubiese quedado por los suelos, pues lo que se mantiene en pié más sirve de estímulo al sentimiento del estrago, que de esperanza para su reparo». No debió pensarse en repararla, porque ya en aquella época se pensaba seriamente en la traslación de la ciudad á otro sitio menos expuesto á la terrible acción de los volcanes vecinos. Véase todavía la hermosa fachada decorada con las estatuas de los Santos Jesuitas hasta entonces canonizados, y las altas paredes cuarteadas más por los arbustos que en ellas enraizan, que por la influencia de los temporales.

El Colegio fué por muchos años el único centro de enseñanza en todo aquel reino, (cerrado el de Sto. Tomás de los PP. Dominicos) y en él se conferían los grados académicos mayores y menores, hasta que en 1681 se fundó la Pontificia Universidad de S. Carlos. Merced sin duda á la solidez de su fábrica y á no tener la altura que la Iglesia, tan atrevida para aquellas tierras, el Colegio resistió no sólo á los terremotos de 1752, sino también á los que después sobrevinieron y acabaron por reducir á escombros aquella grande y bellísima ciudad. Todavía en 1870 estaba en pié y ocupado por una fábrica de tejidos.

III.

Pasemos á reseñar lo poco que encontramos en autores antiguos sobre el establecimiento de la Compañía en las otras provincias de Centro-América. La que más trabajó, aunque con poco resultado, por obtener un Colegio de Jesuitas, fué Nicaragua. Hacia el año de 1616 el Conde de la Gomera, Presidente de la Real Audiencia de Guatemala, consiguió que de aquí se enviase una misión á Granada. Fué destinado para desempeñar aquel honroso encargo el P. Pedro de Contreras, quien después de un camino de 120 leguas, llegó por fin á avistarse con el Ilmo. Sr. D. Pedro de Villa Real, Obispo á la sazón de aquella Diócesis. Fué recibido el Misionero con singulares muestras de estimación y confianza por parte de aquel excelente Prelado, y comenzó desde luego sus tareas apostólicas en la Catedral de Granada con tanto aplauso y fruto, que llegado el tiempo de volverse á su residencia de Guatemala sólo pudo conseguirlo dando palabra de repetir la visita al año siguiente, á dar forma para la fundación de un Colegio en aquella ciudad.

En efecto, con aquel carácter singularmente piadoso, liberal y entusiasta que ha distinguido siempre á los Nicaragüenses, comenzaron enseguida á arbitrar recursos. Un caballero ofrece la casa que está edificando en el mejor sitio de la ciudad: un eclesiástico promete ceder una hacienda que renta 3.000 \$ anuales: el Ilmo. Villareal añade otras casas y 5.000 \$ más: 6.000 se habían reunido entre personas particulares... Tal generosidad, unida á los motivos de gran gloria de Dios que alegaba el Conde de la Gomera, resolvieron al Provincial de Méjico, si no á aceptar la fundación, á lo menos á devolver allá al P. Contreras con otro compañero por vía de misión para residir en Granada hasta nueva orden. El júbilo con que fueron recibidos de aquellos buenos ciudadanos y la prisa que se dieron en procurarles Iglesia, casa